

CUARTA PARTE

I

Un alba indecisa, un alba de brumas cuyo aspecto daba calofríos, y que de cuando en cuando se deshacían en lluvia ligera, sobrevino después de aquella noche que había de quedar, en el recuerdo de Teresa y de Pedro, tan formidable como una noche de Pompeya ó de Mesina, en que techos y paredes se parten y caen sobre la cabeza de los habitantes.

Á pesar de la desagradable humedad, Teresa, hacia las ocho de la mañana, se recodó en el balcón del saloncito vecino de su cuarto; un mantón de lana de los Pirineos cubría sus hombros, por encima de su vestido de interior. Acababa de seguir con la mirada la carrera, hacia el Arco de Triunfo, de un automóvil de alquiler que llevaba á Pedro hacia París. Para las diligencias que se proponía hacer, Pedro había pre-

ferido el coche anónimo que abandona uno donde quiere, sin dejar rastros. Hacía ya buen rato que el vehículo había desaparecido de su vista, y no se decidía Teresa á apartarse del balcón, y el pensamiento de Teresa no cesaba de acompañar al ausente.

Ya no se preguntaba, como después de la confesión de Pedro : « ¿ Le amo aún ? » Las últimas horas de la noche, las horas silenciosas pasadas al lado del culpable habían, por decirlo así, tamizado sus sentimientos. Se daba cuenta de que, en ella, una sensación imperiosa lo dominaba todo : la necesidad de no separarse de aquel culpable.

Bien claro se dió cuenta de esta necesidad cuando, con el corazón doloridísimo aún por la herida reciente, le había pedido que se quedara con ella, incapaz de aceptar la soledad. Algunas horas después, sacudiendo voluntariamente una especie de pesadilla que entumecía sus miembros sin darle reposo, había estado mirando á Pedro que dormía á su lado. Él, dormía con sueño tranquilo; su equilibrado organismo tomaba, en el momentáneo olvido de la vida, la energía para el día siguiente.

Teresa había admirado aquella calma que, no obstante, la irritaba un poco; una vez más, comprendió que la presencia de su marido seguía siéndole necesaria. Había pensado estas palabras : « ¡ Mi marido ! » Conservaban para ella su sentido absoluto de alianza estrecha, indefectible. No sólo un instinto más robusto que todos los razonamientos amalgamaba su suerte á la de Pedro, sino que, á pesar de cuanto ella

sabía ahora, y que la indignaba, y que detestaba, no sentía repulsión ni desprecio por aquel luchador sin escrúpulos, por aquella fuerza ciega por fin-desenmascarada, pero comprensible. « Culpable... criminal... ¡ mas no vil !... Hasta su mentira á la víspera de nuestro casamiento, no era para salvarse de un peligro ó para aventajarse... era por mí... De haber hablado entonces, no fuera hoy mi marido... » No se atrevió aún á confesarse á sí misma : « ¡ Y prefiero que sea mi marido ! » Mientras, iba pasando la noche; poco á poco, Teresa había sentido velarse su pensamiento, y luego anonadarse. También á ella, un sueño irresistible le había aportado el olvido de todo. Las primeras claridades de la mañana filtraban por entre las persianas cuando se despertó : habíase despertado con la cabeza apoyada sobre el hombro de su marido, en la postura de refugio que le era habitual y que instintivamente había ella buscado en el letargo de su voluntad... Entonces, como revelado por el misterioso trabajo del sueño, habíasele aparecido el verdadero estado de su corazón : « Pedro me es tan necesario como el primer día, nuestras dos vidas están unidas hasta la muerte; pero, en las condiciones presentes, no podría yo pertenecerle, y no sé si volveré jamás á ser para él la Teresa de antes. » Mientras estaba pensando esto, Pedro, sin despertarse, había á su vez apoyado su frente sobre el hombro de su mujer. No le había ella rechazado; así lo tuvo contra ella, sin que nada le dijeran sus sentidos, pero, no obstante, enternecida. Se refugiaba él en brazos

de ella como en un asilo; le recogía y le protegía como una madre, no como una amante.

Horas después, cuando para ambos comenzó de nuevo la vida consciente, ni Pedro ni Teresa aludieron en lo más mínimo á la crisis de la noche. Adivinaba Teresa que Pedro estaba del todo entregado al esfuerzo inmediato: luchar contra la amenaza de escándalo, apagar antes de la explosión la mecha encendida. El peligro, la necesidad de la acción, lejos de trastornarlo, le desembarazaban el cerebro, aseguraban su sangre fría. La única señal del trabajo interno de su pensamiento era, en aquellos momentos, un mutismo casi absoluto... Durante el desayuno, al que apenas tocó Teresa, y que Pedro tomó con su robusto apetito habitual, sólo escasas palabras había él pronunciado. Al salir de la mesa, le dijo á su mujer:

— ¿Te ha escrito Couderc varias veces después de nuestra conversación de Roquefón?

— Sí, dos veces.

— ¿Para pedir dinero?

— Sí.

— ¿Has conservado sus cartas?

— Voy á dártelas.

Mientras ella las buscaba en su escritorio, Pedro preguntó aún:

— ¿Cuál es la fecha de la última?

— Hará unos doce días... Catorce justos, añadió, mirando las fechas. La última carta es del 3 de noviembre. La primera me fué entregada en Roquefón.

— ¿Le has enviado dinero?

— Primero quinientos francos, luego doscientos.

— ¿No te ha escrito para darte las gracias?

— Le pedí que no se molestara en hacerlo.

Tomó Pedro las dos cartas sin desdoblarlas; se fué á sus habitaciones, y volvió en traje de calle.

— ¿Adónde vas? preguntó Teresa.

— A tratar de ver á Couderc. Desea que llegue á tiempo, porque, entonces, ten por seguro que á mí es á quien seguirá, á despecho de los demás.

Tocó con sus labios la sien de su mujer, al mismo tiempo que le estrechaba una mano; la mano de Pedro estaba fresca, y sus labios no tenían la sequedad de la fiebre.

... Ahora, en el balcón, esforzábese Teresa en imaginar la carrera de Pedro en busca de Couderc. De éste dependían quizá, para siempre ya, la honra y la tranquilidad del matrimonio... « ¡ Señor, apiadaos de nosotros! » murmuró Teresa, invocando la Fuerza que, en tales extremos, aparece, á los que sufren, á la vez más necesaria y más inaccesible... Luego, enervada por su impotencia en socorrer, en reconfortar al ausente, trató de distraer su pensamiento, de interesarse por el espectáculo que descubría desde su ventana. Como cada día á semejante hora, y á pesar de las amenazas del tiempo, la avenida del Bosque de Boloña se animaba con jinetes, con coches, con paseantes. Por encima de la accidentada cumbre de las elevadas casas que la costean, las brumas se alzaban.

ban, disipándose en algunos sitios. Un humo de sol flotaba sobre las persistentes verduras de los macizos, sobre las negras y relucientes ramas de los árboles, sobre el piso, en el que el agua que había caído formaba caprichosos juegos de luz. Á cierto momento, toda la perspectiva de aquel soberbio camino se descubrió hasta las colinas de Saint-Cloud y de Suresnes; el Monte Valeriano irguió la geométrica corona de su fuerte... Hacia estos cercanos horizontes, y luego, sin duda, hacia otros más lejanos, hacia los caminos que conducen á las soleadas costas, pasó, rodando á toda velocidad, uno de esos coches modernos, parecidos á los de ha poco, salvo los caballos y los postillones abolidos, sustituidos por un solo conductor y por un misterioso cofre de energía. Baúles y neumáticos cargaban su techo... Envidió Teresa á aquellos viajeros que, en breve, estarían á cien kilómetros de París. ¡ Oh, marcharse como ellos, no ver más las caras de los seres que nos conocen, no ver ya aquel hotel suntuoso, no sentir ya pesar sobre uno, con la abundancia del nefasto dinero, la tacha del pasado!... Marcharse... Marcharse con Pedro, puesto que « para lo bueno y lo malo de la vida », según su promesa, quedaba ella atada á él. ¡ Marcharse sola con solo, tratar de rehacer, por encima de aquella instintiva unión que persistía, la comunión total, cuerpo y alma, como antes! ¡ Esta sería la tarea más difícil! El generoso y valiente corazón de Teresa se daba cuenta de esta dificultad, y esta grave preocupación era la nota dominante en medio de la presente tormenta. « Le sosten-

dré en su esfuerzo... tengo la intuición de que saldrá vencedor... pero, ¿ y luego? ¡ El abismo moral, entre nosotros, no será borrado! Quizá, dentro de unas horas, vuelva Pedro, tranquilo, diciéndome: « Ya se acabó; nada hay que temer. » ¿ Se dará cuenta de que no por eso queda desenredado el drama de nuestra vida, que, al contrario, entonces es cuando comenzará el drama de dos seres que no pueden pasar uno sin otro, de los cuales uno ha cometido actos que el otro juzga detestables, actos que se niega él á detestar?... ¡ Ah, si notara yo en él horror por lo que ha hecho, cuán próxima estaría á perdonarle!... Ó, más bien, no se trataría de perdón: tomaría yo ese pasado por cuenta mía, como su pasado, como su porvenir... »

— La señora debería quitarse del balcón... La señora va á coger frío.

Era Gertrudis, la doncella, quien hablaba así á su ama. No se resistió Teresa y entró en su habitación. Por cierto que había acabado por no saber por qué estaba así en el balcón, á medio vestir, con el tiempo desagradable que hacía.

— ¿ Va á vestirse la señora?

— Todavía no; espero á mi padre; lo conducirá usted aquí.

— ¿ Sólo al señor Dautremont?

— Naturalmente; no estoy para nadie más.

Pero, en el momento de marcharse la doncella, que comprendía que era importuna, Teresa cambió de parecer:

— Es decir, no : recibiré á todo el que se presente... Quienquiera que sea que pregunte por mí ó por el señor, aviseme.

De repente había sentido en ella la angustia de lo imprevisto. Deseaba conocer todas las amenazas y no dejar escapar ninguna suerte favorable. Cuando quedó sola, estuvo un rato calentándose á la lumbre de leña que enrojecía el hogar de la chimenea; después se dejó caer sobre una silla cama, sentada más bien que tendida, con las manos entre las rodillas. Los que han pasado por semejante crisis conocen esas horas de inmovilidad, de espera meditativa en que el pensamiento recorre indefinidamente las estaciones de una especie de calvario, con la extraña esperanza, que incuba bajo la niebla que envuelve al cerebro, de que las cosas se resolverán espontáneamente durante esa vana meditación... Después viene el enervante asalto de las hipótesis, el estéril esfuerzo de corregir el pasado... « Si Pedro me lo hubiera confesado todo antes del matrimonio... Si la señora Chretien hubiera hablado... Si hubiera yo recibido á Couderc solo, en Roquefón, y si le hubiera interrogado... Si... » Construye uno de nuevo los acontecimientos sobre lo que hubiera podido ser; partiendo de este punto, todo se desenmaraña, todo se arregla... y de repente recuerda uno, con un choque en el corazón, que está en plena quimera; recaemos desplomados en la realidad. Nada se parece más á la pesadilla de la calentura que esa alucinada meditación... Sintió Teresa un alivio al oír pasos que se acercaban... « ¡En fin, pensó, ya

viene mi padre!... » Se levantó para ir á su encuentro, abrió ella misma la puerta, y vió al señor Dautremont en compañía de Susana.

— ¡Ah! padre...

Susana la abrazó.

— He acompañado á papá, querida. Tus penas son tan mías como tuyas.

— Sí, estás preocupada por el riesgo que puede correr tu matrimonio, contestó Teresa sonriéndose con cierta amargura. Has hecho bien en venir.

— ¡Oh! replicó Susana empurpurándose, si quiebra mi casamiento, no por eso me tiraré al Sena. Pero confieso que me serviría de disgusto.

El señor Dautremont interrumpió :

— No perdamos tiempo. ¿Ves algún inconveniente, Teresa, en que asista Susana á nuestra conversación?

— Ninguno... Siéntate, querida, y tú también, papá.

Se sentó Susana sobre una butaquita, no sin haber antes mirado vivamente en el espejo su carilla fresca y puesto en orden un bucle rebelde. Estaba deliciosa, vestida de gris, con falda muy corta, y dejando ver bajo su chaquet una blusa de hilo; sobre sus cabellos rubios, una gorrita de skung adornada de violetas de Parma, una estola semejante echada al descuido sobre los hombros, y, en las manos, un amplio manguito.

El señor Dautremont quedó en pie frente á Teresa en pie.

— Vaya, ¿qué de nuevo? preguntó sin conseguir afirmar su voz.

Teresa, en aquel momento, sintió hasta qué punto era ella de Pedro. Ya no le quedó ninguna controversia moral en el espíritu, ni la menor vacilación en el corazón; todas sus fuerzas se encaminaron á este único fin: defender lo más valerosa, lo más inteligentemente posible á su marido, sin reserva, defender lo bueno y lo malo de Pedro, como si se defendiera ella misma, como si fuera ella la culpable. Comenzó con prudencia el combate.

— He hablado con Pedro, dijo.

— ¿Ha confesado? preguntó vivamente el señor Dautremont.

La expresión disgustó á Teresa; no consintió en humillar á Pedro ante su padre y su hermana; armó de firmeza su réplica.

— Estoy autorizada por mi marido á darle á usted tres informes precisos; pero le pido que no exija más, pues no podría contestarle á usted.

— Habla, dijo, impaciente, el señor Dautremont.

El frívolo rostro de Susana expresó sincera ansiedad.

— Por de pronto, Pedro no ha falsificado ningún documento.

— ¡Ah! exclamó Susana... también me extrañaba, á mí.

El señor Dautremont se contentó con un movimiento de cejas que expresaba una sorpresa un tanto irónica.

— Luego, repuso Teresa, aunque sin ser él un falsificador, bien puede estar comprometido en un asunto

de falsificación. Y, en tercer lugar, espera evitar todo escándalo, y por eso acaba de salir. He ahí, papá, cuanto puedo decirle á usted.

Susana miraba á su padre como para evaluar, según la cara que pusiera, la calidad de seguridad que valía la réplica de Teresa. La frente del senador le pareció cargada de nubes.

— Todo esto, dijo el señor Dautremont, poco cambia la situación.

— ¿No duda usted, supongo, de la palabra de mi marido? dijo Teresa.

Estaba pronta á indignarse. Su padre esquivó la contestación.

— No es á Susana ni á mí á quien hay que convencer, dijo; y, en cuanto á parar el golpe, es decir, á detener la acción de la justicia, que es, supongo, lo que Pedro desea, me parece éste menos apto que ninguno para conseguirlo.

— ¿Por qué?

— Porque Pedro, con razón ó sin ella, es el acusado; el descrédito esteriliza los pasos que dé. Nosotros, mis amigos y yo, somos quienes podemos obrar útilmente, porque estamos intactos.

Hizo una pausa. Cada palabra que pronunciaba era una puñalada en el corazón de Teresa, y de aquel corazón subía, al mismo tiempo, por reacción, un violento acto de ternura hacia el marido amenazado, humillado. « ¡Mi marido! ¡mi marido!... »

— Desde anoche me puse al habla, por teléfono, con Pontmagne, repuso el señor Dautremont.

— ¿Qué le ha dicho á usted?

— Nada sabía aún Pontmagne, cosa que ya suponía yo, puesto que nada me había dicho horas antes. No pudo más que prometerme informarse desde hoy por la mañana, y decirme en seguida lo que hubiera. En efecto, al subir en coche con Susana para venir aquí, le vi llegar á casa... Y me decidí á traerle. Está en el salón. ¿Quieres verle?

Teresa vaciló. Aquel encuentro de su padre y de Pontmagne, tan oportuno para justificar que lo trajeran á casa de ella, le pareció convenido entre los dos hombres. No obstante, contestó :

— Si usted cree que pueda eso servirnos... ¿Tiene noticias?

— Él mismo te lo dirá, contestó el señor Dautremont, quien parecía desear mucho la entrevista.

Y fué en busca del teniente fiscal. Grave, emocionado, Pontmagne se excusó.

— Señora, á instancias de su padre de usted...

— Ya sé, querido señor, interrumpió Teresa, y le agradezco su atención... Díganos las noticias... Sí, delante de mi padre y de mi hermana.

Los cuatro se sentaron. Pontmagne se expresó con lenta precisión.

— He aquí, señora, el estado de la situación. Por de pronto, esta mañana, á las nueve, ninguna queja verbal ó escrita había llegado aún al juzgado contra el señor Hountacque.

Por débil que fuera esta tregua para su angustia, alivió no obstante á Teresa, Pontmagne prosiguió :

— Me aseguré de ello antes de ir á ver al señor Hemery, con quien he hablado.

— ¿Qué le ha dicho á usted? preguntó el señor Dautremont.

— Se ha mostrado aún más reservado conmigo que yo con ustedes. Apenas si consintió en recordar que, hacia 1899, ciertos cheques Camboulives, á orden de don Pedro Hountacque, parecieron sospechosos : después de examen, fueron, sin embargo, admitidos como auténticos. « Además, añade Hemery, no ha habido reclamación alguna. » En resumen, desea que se eche tierra sobrel el asunto : pero, justamente, el esfuerzo que hace en este sentido denota que teme, para su propia responsabilidad, investigaciones retrospectivas... Mi firme opinión — y tengo cierta práctica en esas cosas — es que el señor Hemery está convencido de la falsedad de los cheques en cuestión y de la culpabilidad del señor Hountacque.

— Lo mismo pienso yo, dijo el señor Dautremont.

— Por otra parte, repuso Pontmagne, el señor Hemery me ha repetido lo que ha referido ya : la visita de Majencio Chretien, ayer, en su despacho. Ese joven ha ido á decirle que poseía la prueba (sin querer especificar cuál) de dicha irregularidad, y le ha invitado á que haga justicia. El señor Hemery se ha negado á ello. « Bien, declaró Majencio, me dirigiré al fiscal. » Como he dicho á ustedes al principio, no ha ejecutado aún su amenaza, pero supongo que no ha de tardar.

— ¿No hay medio de impedir esa queja? preguntó Susana que escuchaba atentamente.

— No, señorita; no hay medio alguno de impedir que llegue el asunto al público, si así lo desea el señor Chretien: pues siempre habrá periódicos que acojan é impriman la noticia.

Los cuatro interlocutores se callaron durante algunos segundos; mientras un reloj sonó el cuarto antes de las diez. Teresa fué la que preguntó, dirigiéndose á Pontmagne:

— Entonces, caballero, ¿qué nos aconseja usted?

— ¿Me permite la señora de Hountacque que le hable sin rodeo alguno, como un abogado, como un procurador hablaría á su cliente?

— ¡Sí, en absoluto!

— Pues bien, repuso Pontmagne con fuerza concentrada, á juicio mío, sólo queda una solución: desligar cuanto antes su suerte de usted de la suerte de su marido. Ha sido usted engañada, todos la compadecerán á usted; á nadie se le ocurrirá el censurarla. Sólo que, para que quede usted plenamente desligada de todo compromiso, preciso es que la instancia de divorcio siga inmediatamente los preliminares de la instrucción contra el señor Hountacque. La procedura del divorcio puede acelerarse de tal manera que, el día de la primera sesión de la causa, cuando en el banquillo de los acusados aparezca don Pedro Hountacque, ya nada tenga que ver con ese acusado doña Teresa Dautremont.

Teresa quedó impasible. El señor Dautremont objetó:

— Á pesar de todas las piezas de teatro y de todos los artículos de los reformadores, la situación de una mujer divorciada es una situación falsa.

— No si ha sido anulado en Roma el matrimonio religioso, hizo observar Susana.

— No estoy muy fuerte en derecho canónico, repuso Pontmagne; pero el caso del señor Hountacque me parece ser de esos en que Roma admite la nulidad.

— De todas maneras, insistió el señor Dautremont, una mujer divorciada, difícilmente encuentra, en nuestra sociedad, con quien volverse á casar.

Teresa seguía silenciosa; su semblante era impenetrable. El teniente fiscal, mucho más impresionado que ella, prosiguió:

— Tengo el convencimiento... de que de doña Teresa Dautremont dependería el encontrar un partido... desde el momento mismo en que quedaran rotos los lazos de su primera unión.

El sentido preciso de estas palabras fué comprendido, á pesar de su fórmula general y discreta, así por Teresa como por su padre y su hermana. Siguió un silencio bastante prolongado. Dautremont y Susana acechaban á Teresa, á la que no se atrevía á mirar Pontmagne.

Por fin, Teresa habló.

— Nada me es tan sensible, querido amigo, le dijo á Pontmagne, como su fiel apoyo de usted en estos momentos difíciles. Pero no me seduce la idea del

divorcio. Mi vida está ligada á la de mi marido.

El fiscal bajó la cabeza, y se vió que los músculos de su cara se tersaban para imponerse la apariencia de la serenidad. El señor Dautremont exclamó :

— Ligada á Pedro, tal como creías que era cuando te casaste con él... Pero, ahora que se ha quitado la careta...

— Ligada siempre, y suceda lo que suceda, repitió Teresa con firmeza. Además, tengo empeño en repetir ante ustedes tres que no creo en su culpabilidad. Me atengo á lo que él me ha declarado : Pedro no ha falsificado documento alguno.

Susana y su padre cambiaron una mirada, y, en aquella mirada, Teresa sorprendió la alianza que formaban contra ella, culpable de preferir su marido á la honra de la casa.

Pontmagne se levantó, y, afirmando su voz, dijo :

— En ese caso, señora, mi papel de consejero ha terminado. Pero excuso decirle que puede usted contar conmigo para vigilar de cerca ese asunto y para limitar cuanto sea posible las consecuencias de la crisis, en lo que respecta á usted.

Teresa contestó :

— Sé que puedo contar con su amistad y su influencia; y crea usted que las estimo en lo que valen.

Le tendió la mano, que él estrechó; después saludó á Susana. Contenía con valor su emoción. El señor Dautremont le cogió del brazo y le acompañó fuera. Susana dijo á su hermana :

— ¡Qué lástima que resistas!... Si divorciarás, tu

vida sería tranquila y feliz, y á nosotros cesaría de atormentarnos esa pesadilla.

— Mi vida no es posible sino con Pedro, contestó Teresa. Por favor, no hablemos más de esa solución de divorcio.

Susana no insistió, pero Teresa comprendió que el corazón de su hermana se cerraba, que se llenaba de rencor. — El señor Dautremont regresó, solo.

— He tratado de amortiguar el choque de tu negativa sobre Pontmagne, dijo, no sin aspereza. Pareces no darte cuenta, Teresa, de todo lo necesario que nos es ese hombre.

— Pontmagne es un hombre honrado á quien he hablado honradamente, contestó Teresa. Tengo por seguro que mi negativa en nada menguará su esfuerzo por servirnos.

— Así sea, repuso secamente el senador. Pues, escúchame bien, Teresa : si te imaginas que tu marido va á parar el golpe, te repito que te ilusionas. Sólo dos apoyos os quedan : Pontmagne y yo. Pontmagne te ha dicho lo imposible que le es impedir que estalle ese asunto. En cuanto á mí, sólo un triunfo me queda en mano : Hemery.

— Hemery no quiere á Pedro, dijo Teresa. Se alegraría de verle hundido.

— Es posible; pero, por suerte, tengo sujeto á Hemery, quien, desde hacé tres años, sueña con entrar en el Consejo de Administración de los Molinos de Prevannes.

— ¿Qué puede hacer Hemery? preguntó Susana.

— No tomara Hemery tan resuelta actitud frente á Pontmagne, de no tener la seguridad de sostener la autenticidad de los cheques... Pero, ya ves que no ha soltado prenda ; se reserva. No obtendré su decidido apoyo sino á cambio del puesto que él codicia. Voy á ofrecérselo.

— Gracias, papá. Espero que el esfuerzo de Pedro no será tan estéril como usted cree; pero cuento muchísimo, bien lo sabe usted, con su experiencia de usted y con su habilidad. No me deje usted ignorar la contestación de Hemery.

— Te telefonaré en seguida... ó, mejor dicho, no... semejantes conversaciones no convienen por teléfono : volveré por aquí al salir de casa de Hemery. ¡Vaya, ánimo!

Y besó á su hija en la frente.

— ¿Y tú, Susana, te quedas con tu hermana?

La joven hizo una mueca, su carilla se empurpuró, y, por fin, sin mirar á Teresa ni á su padre, contestó :

— ... Si le da lo mismo á Teresa... preferiría acompañarte, papá. Esperaré en el automóvil mientras hables con Hemery. Y, así, conoceré en seguida el resultado de tu visita.

— Anda, dijo Teresa, comprendo tu ansiedad... Además, poco alegre es mi compañía.

— Pero volveré en seguida con papá, repuso Susana algo confusa.

Nada dijo Teresa, y las dos hermanas se separaron sin besarse.

Ya que quedó sola, Teresa pensó : « Susana y mi

padre están irritados contra mí. Susana me abandona y quisiera renegar de mí. Su única preocupación es saber cuanto antes si el escándalo estorbará ó no su matrimonio. En cuanto á papá, me sostiene con toda su fuerza, pero le bastaría con que no quedara manchada la honra de nuestro apellido; poco le costaría sacrificar á Pedro, aunque tuviese yo que padecer... No hay más que un ser humano que, en este momento, esté luchando como lucharía yo misma, con el mismo interés que yo, y que no quiera más que mi felicidad... ¡Oh! mi marido, mi marido! » Cogió un retrato de Pedro, y lo besó : « ¡Que vuelva pronto... No puedo sufrir la vida lejos de él, pues, á pesar de todo, sólo él me quiere! » Lágrimas comprimidas por ella desde su despertar, y que le parecían llenar su corazón y su cabeza, brotaron de sus ojos. Recayó sobre la silla cama, estrechando contra su pecho el retrato del ausente, sollozando como una niña abandonada.

« ¡Pedro, Pedro! » murmuró. Y todo su pensamiento se concentraba en su desesperado llamamiento. Después, aliviada por aquella tormenta de lágrimas, se hundió de nuevo en el sueño, echada al azar sobre la silla cama, con las piernas medio colgando, y el retrato de Pedro entre sus manos crispadas.

Sueño impuesto por la derrota de los músculos y de los nervios; sueño peor que la vigilia, en el que sin cesar se repetía indefinidamente esta pesadilla : seguir, con carrera alocada y vana, á un automóvil encarnado que huía, desaparecía, volvía á pasar, y otra vez huía...

Al conductor del automóvil, Pedro había dicho :
 « Suba usted hacia la Estrella, y vaya después al bu-
 levar de Courcelles. » Una vez en marcha, sacó de su
 cartera las dos cartas de Couderc : una, con fecha del
 8 de octubre, llevaba el sello de correos de Roquefón;
 la segunda, la del 3 de noviembre, llevaba como
 señas : « 41, rue des Mignottes (19° distrito). »

Pedro, interesado en varias contratas de obras,
 conocía muy bien la topografía de París; no obstante,
 nada le decía á su memoria el nombre de « rue des
 Mignottes ». El décimonono distrito es el de Buttes-
 Chaumont, pensó Pedro; bajaré en la vecindad del
 parque, y allí me informaré. »

Por orden de fecha, mientras el coche corría entre
 el Arco de la Estrella y los bulevares exteriores, leyó
 las dos cartas. El papel de la primera, de color malva
 pretencioso, aunque de calidad inferior, llevaba las ini-
 ciales M. C. : era el papel que solía emplear Majencio.

El otro era un papel rayado, un papel de café, sin
 membrete, plegado en cuatro dobleces. La primera
 carta decía :

« La Hitte, 8 de octubre.

« Señora,

« Teniendo que marcharme de la Hitte pasado ma-
 ñana, tengo especial empeño en darle las gracias por
 la acogida que ha tenido usted á bien dispensarme el
 viernes pasado. Me sentí harto intimidado entonces
 para decirle á usted cuanto me proponía decirle; ade-
 más, la presencia de mi amigo me quitaba libertad.
 Es usted tan buena y tan caritativa, que no vacilo en
 confirmarle mi triste situación, de la cual, además,
 está usted enterada. La mala suerte que me persigue
 ha hecho que fracasen combinaciones sobre las cuales
 tenía yo derecho á contar para conseguir trabajo. Nos
 hallamos, mi mujer y yo, sin recursos. Lo que tenga
 á bien concedernos su alma generosa será para nos-
 otros la salvación, y puede usted creer en mi incondi-
 cional agradecimiento y en mi fiel aprecio, tanto
 para usted como para su esposo.

« Díguese recibir, señora, mis más cumplidas gra-
 cias, y de nuevo me repito su respetuoso y humilde
 servidor,

« COUDERC.

« P.-D. — Si hay contestación favorable, le ruego
 tenga á bien dirigirla bajo doble sobre á la Hitte, el
 sobre exterior á nombre de la señora Chretiën. »

Esta carta estaba escrita con carácter de letra bastante firme, sin enmiendas ni manchas. No así la segunda, la cual llevaba señales del desorden en que había sido compuesta. Salpicaduras de tinta, un rondel de taza de café, la manchaban; la letra vacilaba; ciertas palabras quedaban sin terminar, cual si de repente faltara fuerza á los dedos que llevaban la pluma:

Couderc decía:

« Señora,

« Vengo aún á implorar á usted. Dígnese enviarme un socorro á la dirección siguiente: 41, rue des Mignottes. Estoy enfermo y me es imposible todo trabajo, cosa bien triste, pues había yo encontrado ocupación. Pero toso, tengo fiebre, y ni siquiera hay en mi casa con qué hacer lumbre. Sea usted buena, señora, y excuse mi importunidad. Merezco su benevolencia quizá más de lo que usted supone. Tenga compasión de un desgraciado que ha tenido la honra de conocer, en su juventud, á su señor esposo.

« Quedo, señora, el más agradecido y el más fiel de sus servidores.

« COUDERC (Jorge). »

En momento en que Pedro, con suma atención, terminaba su lectura, el automóvil, que desde la plaza de la Estrella había seguido por la avenida Hoche, llegó al bulevar de Courcelles. Pedro bajó el cristal de delante y dijo al conductor:

— Párese en el bulevar de la Villette, ante el edificio de la Aduana.

Con las cartas de Couderc en la mano, se puso á reflexionar. ¿Cuál era el estado de ánimo del antiguo tenedor de libros en el momento de escribirlas? ¿Simples cartas de mendigo profesional, ó amenazas encubiertas? Para resolver este enigma, Pedro halló disponibles todas sus facultades de penetración y de reflexión. La angustia intensa dejada en él por la tragedia íntima de la noche pasada, no quería, en aquel momento, sentirla de nuevo; hallaba en su energía con qué contenerla, para poder entregarse por completo al minuto presente, según costumbre suya, y el objeto del minuto presente era luchar contra una amenaza positiva, ahogar el escándalo, que, al amenazarle á él, amenazaba á Teresa.

« Ninguna segunda intención en la primera de las dos cartas; es, pura y simplemente, la habitual carta podiendo dinero; las gracias que da subrayan, sin más, su disgusto de no haber sido recibido por mí. Las palabras: « como para su esposo » han sido añadidas después. Hubiera preferido Couderc no decirse agradecido servidor más que de mi mujer; pero, en el conjunto, nada que indique la menor intención de abuso, ni, siquiera, que posee un arma contra mí.

« La segunda carta es más significativa. Ya no está, mi hombre, rodeado, como en la Hütte, de un medio de probidad y de orden; está entregado á sí mismo, ha caído más bajo. Las intimidades de su pensamiento se transparentan: alusión á nuestro encuentro en el

pasado, afirmación de que « merece la benevolencia de mi mujer, acaso más de lo que ella supone. » No es aún la amenaza descarada, pero es, no obstante, el indicio de que se atribuye derechos... ¿Qué derechos? ¿El haberme conocido en Tunisia hace diez años? No; Couderc es inteligente; de sobra comprende que el haberle conocido, hasta el haberle tuteado, en otro tiempo, si le crea esto derechos, mis limosnas anteriores se los han pagado con creces. Además, no mezcla las dos cosas; indica separadamente: que es un antiguo conocido mío, y que merece particulares atenciones. »

Un estorbo en la circulación detenía en aquel momento el trepidante coche á la entrada de la plaza Clichy. Sobre los tranvías y los coches de punto, sobre los transeúntes todavía mojados por la lluvia, rielaba un rayo de sol blanquecino, indeciso... Pedro alzó los ojos, miró. El fondo trágico, hundido en su corazón por una tensión exasperada de la voluntad, hizo de repente subir á su cerebro una oleada de angustia. « Nadie, pensó, es tan miserable como yo... He conocido á Teresa y se me escapa... Pero, antes que perderla, desapareceré... » Esta solución suprema, entrevista, le tranquilizó, y hasta la convirtió en argumento de acción. « Aun cuando fracase en mi actual intento, me queda eso... » Parecíase á un condenado que estuviera limando la reja de su prisión con un arma disimulada, y que pensara: « Después de todo, también puede servirme para matarme. »

Cuando de nuevo echó á andar el vehículo, volvió á

su análisis del caso de Couderc. « Couderc sabe algo, ó se imagina que sabe algo... ¿Confidencia de María Chretién? Seguramente que no! María Chretién, si, como creo, conoció ó sospechó el acto de su marido, jamás lo revelará... ¿Confidencia de Chretién en otro tiempo? Muy improbable... ¿Investigaciones de Couderc mismo en las cuentas de Camboulives, liquidadas por él? Esto sí que es verosímil... Esto es, en efecto. Quien ha dado los dieciocho mil francos de Majencio ha comprado también el testimonio de Couderc. Tendrá éste encargo de exponer ante el jurado los motivos que tiene para tachar de falsos los cheques Camboulives. »

Quedaba la esperanza de que una acusación formulada por tan mísero personaje, y sin pruebas, no hallara crédito. Sintió Pedro que esto era posible, hasta probable; no le condenarían por lo que dijera un mendigo alcohólico; la fuerza social representada por su suegro y por él triunfaría... Habría un ruidoso escándalo, pero él, Pedro, quedaría absuelto.

« ¡Sólo que... se lo he confesado todo á Teresa! »

¡Ah cómo execró, en aquel minuto, tal debilidad, tal confesión! ¡Si se hubiera resistido, la noche pasada, contra Teresa, si intentara convencerla de su inocencia y si lo hubiese conseguido, la situación quedaría intacta, aunque tuviera que afrontar los tribunales, aunque, por un imposible, resultara condenado! Teresa quedara de su partido. Quedara él, para ella, el luchador misterioso, algo sospechoso, á quien ella había amado, el hombre á quien quiso ella tener

por marido, al que defendiera ella contra todos... ¡ Contra todos... Salvo contra él mismo! « ¡ Al confesar, he matado nuestro porvenir! »

Con la cabeza inclinada hacia adelante, así soñaba Pedro, hipnotizándose, mirando la tarifa clavada ante sus ojos. El conductor llamó en el cristal: vió Pedro que el coche estaba parado delante de la Aduana. Bajó, pagó, entró un momento en el edificio para dar tiempo á que se marchara el automóvil. Al salir de nuevo, hizo seña á un coche de punto y dió la dirección: al parque de Buttes-Chaumont.

— ¿ Qué entrada ?

— La que usted quiera; la que esté más cerca.

Cinco minutos después, bajaba delante del parque. El sol renaciente, pero como diluido en la humedad del aire, plateaba las desnudas ramas de los corpulentos árboles, las plantas verdes, el profundo barranco, la roca artificial con el templecillo que la domina. Las aristas de la grava centelleaban. Individuos que parecían estar de huelga erraban por las avenidas, se limpiaban un sitio sobre los bancos. Madres llegaban con sus criaturas, empujadas en cochecillos, ó llevadas de la mano. Ante aquella decoración á la vez humilde y pintoresca, ante aquel pueblo de insectos humanos obstinados en vivir, acudió en Pedro el mismo sentimiento de envidia que, momentos antes, le había inspirado la muchedumbre vista en la plaza Clichy. Sentía el valor de la vida, aun cuando la amarguen la lucha y la miseria. Fue éste un instante muy breve, pues el objeto principal,

en aquel equilibrado organismo, no se dejaba fácilmente olvidar. Se acercó á uno de los guardianes y le preguntó dónde se hallaba la calle de Mignottes. « — No había más que seguir la verja del porque hasta la calle de Crimée; la calle de Mignottes era la segunda á la derecha; sólo que había que subir unos escalonas. » Pedro se puso en camino.

La calle de Mignottes, como otras muchas en aquel tranquilo barrio, tan mal famoso, se parece más á una calle de provincia que á un antro de bandidos. Las casas que la costean son asimétricas, pero no son de aspecto desagradable; ofrecen muestras de la arquitectura de París, desde la morada del siglo XVIII, de bohardillas achatadas, cubiertas de tejas musgosas, hasta el edificio de ladrillos multicolores, con pretensiones de estilo moderno. El número 41 era una casa edificada á mediados del siglo pasado, con tres aberturas en cada piso; la de la izquierda, en la planta baja, era sustituida por una puerta que se abría sobre un pasillo. Aquella planta baja, — particularidad más notable del inmueble, — estaba enteramente pintada de rojo. Por encima de la puerta, un letrero, perpendicular á la fachada, decía simplemente: *Hotel*.

Penetró Pedro en el pasillo, en donde se encontró en seguida cara á cara con un obrero, manchado de yeso, que salía de la pieza común de la planta baja. El hombre se hizo á un lado y tocó con la mano su sombrero de fieltro á modo de saludo. Pedro, á quien una larga práctica había quitado la habitual prevención